



Entrevista con Andrés Segovia

TEXTO: M.^a Antonia IGLESIAS*

En el silencio de su apacible estudio de la calle Concha Espina, la voz pausada, serena de Andrés Segovia camina derecha hacia la cinta magnetofónica, sin necesidad de preguntas, para iniciar la cuenta atrás de sus ochenta años. La voz familiar, conciliadora, que pacientemente se presta a este diabólico y absurdo intento de encerrarle en treinta folios, con la misma serenidad y calma con que repite una escala por enésima vez. Y me hace sentirme culpable, porque me consta la excepcionalidad del esfuerzo...

Lentamente, pacientemente, como si repitiera una lección para un alumno atrasado al que es preciso poner al día. No hay cansancio en su expresión. Solo ochenta años de haberlo vivido todo. Y un cortés, cordialísimo y característico distanciamiento. Andrés Segovia es, sin duda, su más cauto y desapasionado biógrafo:

ANDRÉS SEGOVIA: Mira, vamos a empezar así: Nací en Linares, el 21 de febrero de 1893, en una casa contigua a una fábrica de guitarras... ¿Te parece?

*Publicado en *Los Españoles*, n.º 23, 1973, pp. 225-252. Ejemplar conservado en la colección particular de Julio Gimeno (Dos Hermanas, Sevilla). [Las ilustraciones no son las originales de la entrevista y proceden de diversos archivos.]

Pienso que esta circunstancia fue todo un síntoma de mi futura inclinación por la guitarra, como lo serían otras, tan curiosas, de mi primera infancia, y que ahora son tan solo lejanos, aunque vivísimos, recuerdos. Mis padres se trasladaron conmigo a Jaén a los pocos días de mi nacimiento, y allí permanecieron hasta que yo tuve dos años. Entonces me

llevaron a Villacarrillo, un pequeño pueblo de la provincia de Jaén donde vivían unos tíos míos que, como no tenían hijos, deseaban prohibirme... Y aun cuando yo tenía tan corta edad, recuerdo mi acongojado llanto cuando me separaron de la cuna viva de los brazos de mi madre, igual que recuerdo a mi buen tío, que intentaba consolarme por todos los medios. Hasta que, tomando uno de mis bracitos, se le ocurrió cantar una extraña copla, que no era precisamente una canción de cuna, pero que de algún modo se quedó instalada en mi mente, en el segundo eslabón de mis pensamientos. Decía así:

El tocar la guitarra, jum,
no tiene cencia, jum,
sino fuerza en el brazo, jum;
permanecencia, jum.

Permanecencia. Permanecencia. La fórmula vital de Andrés Segovia acuñada en una palabra elemental que ha regido su vocación por la guitarra. Que no hubiera nacido para la música culta, para el concierto, para la Historia de la Música, sin ella. Permanecencia, tesón de artesano, tozudez de amante. Intuición. Permanecencia.

A.S.: Eso me hizo tal placer, tal placer, que desde entonces, yo que no llegaba a los tres años, nunca he podido olvidar la canción y su ingenua pero reveladora letra. Fue la primera semilla que cayó en la zona musical de mi alma, que después se convertiría en un árbol frondoso y fructífero. Y así... mis padres se decidieron a dejarme con mis tíos. Porque mi padre era un hombre muy inquieto, que iba siempre de un lado para otro; había estudiado leyes, pero luego se dedicó a los negocios. Se llamaba Bonifacio. Y mi madre, Rosa.

No es posible -porque ha quedado flotando en el silencioso aire que nos envuelve y que se cuela de rondón en la grabadora- pasar inadvertido el ligero temblor que ha venido a romper la uniforme tesitura de la voz de Andrés Segovia: «Y mi madre, Rosa...». Son, quizá, demasiado escuetas

Dios había tocado mi frente con la vocación de la música, cada instrumento que oía provocaba en mí una inmediata y espontánea atención. Porque los músicos que yo había oído en Villacarrillo eran tan malos que, en lugar de acercarme a la música, me alejaban de ella, me repelían...

las frases que brotan difícilmente de los labios del maestro para no pensar en que, tal vez, sin querer, hemos vulnerado su sensibilidad. Aunque sonría abiertamente, porque se da cuenta de que a los amigos nos es muy difícil hacer de periodistas:

A.S.: Y luego, a los diez años, mis tíos me llevaron a Granada; ya entonces tomé conciencia, por primera vez, de su belleza. Abrí los ojos a todo lo bello de allí; así que fue como un segundo nacimiento, y luego... Volviendo al tema de la guitarra, como Dios había tocado mi frente con la vocación de la música, cada instrumento que oía provocaba en mí una inmediata y espontánea atención. Porque los músicos que yo había oído en Villacarrillo eran tan malos que, en lugar de acercarme a la música, me alejaban de ella, me repelían. Eran una tormenta inaudita aquellos sonidos del pedal del piano y los gemidos gatunos del violín.

Pero, en cambio, ya ves, pasó por allí, por Villacarrillo, un hombre que tocaba la guitarra, pero que la tocaba «flamenca». Y mi tío, que era un gran aficionado, le retuvo

en casa –porque el hombre había ido a pedir limosna–, y yo me quedé embobado oyendo a aquel hombre. Hasta tal punto que me preguntó que si quería aprender, y en seguida le contesté que sí con un enérgico movimiento de cabeza. Él me enseñó lo poco que sabía y yo aprendí con gran facilidad. De ahí partió todo.

De la pobre guitarra de Villacarrillo. Comprada por un entusiasta del flamenco al que el pequeño Andrés empezaba a resultarle monótono.

A.S.: No era aquello lo que yo quería. No era aquello.

De la pobre guitarra de Villacarrillo a las que ahora fabrican para él, exclusivamente, los más expertos *luthiers* del mundo. Del rasgueo en el zaguán de la casa familiar al primer concierto en Granada, hay todo un camino para recorrer a solas, de la mano de la propia intuición, para descubrir otra dimensión del sonido de la guitarra. Del modesto traje de pana al frac que hoy apenas consigue abarcar la impresionante arquitectura del maestro Segovia, que, de paisano, rechaza siempre la corbata: «Porque me ha parecido siempre muy molesta e inútil». Del tímido aprendizaje primario a la cumbre de sonoridad y belleza.

Un niño sano y alegre

A.S.: Ya en Granada, me hice muchos amigos, siempre mayores que yo, que me ayudaron a conseguir música para guitarra. Pero todavía en Villacarrillo, un profesor de solfeo, irascible, estuvo a punto de hacerme abandonar mi sino... por miedo de los pellizcos que me daba cuando me equivocaba en la medida. Pero con esas pocas lecciones de solfeo inauguré mi autodidactismo, comencé a ser mi maestro y mi discípulo. Mis amigos me ayudaron a encontrar música escrita para guitarra: cosas de Arcas, algunas cositas de Sor, algunas cositas de Tárrega. Y con todo ese bagaje comencé yo a formar mi técnica; porque en Granada no había nadie que tocara la guitarra clásica.



Andrés Segovia y Manuel Jofré, ca. 1908. Fundación Andrés Segovia, Linares

Es como si Segovia quisiera, sobre todo, dar esquinazo a los endeble años de la infancia, anodinos como los de cualquier niño de Villacarrillo. Como si quisiera olvidar en este relato, tan prolijo, precisamente los ruidos del pedal del piano, los gemidos gatunos del violín, la servidumbre lastimosa a los acordes de la

pobre guitarra de Villacarrillo. Y resulta difícil hacerle retroceder para oírle decir que era un niño muy normal que jugaba en la plaza de la Iglesia.

A.S.: De chico..., yo era, fui siempre, un niño muy sano y muy alegre. Jugaba con los muchachos

del pueblo a cualquier cosa, mientras mi tío me observaba desde un balcón de la casa que daba a la plaza; me vigilaba mientras leía y, de cuando en cuando, me corregía para que yo no hiciera esto o lo otro, o para que no me metiera el dedo en la nariz... Todavía tengo dos amigos de esa época de infancia y que, ahora, en el concierto que yo he dado en Villacarrillo, hace unos días, han venido a saludarme, aunque tienen más de ochenta años cada uno. Sí, claro que yo jugaba, jugaba a todas las cosas de mis tiempos, a la pídola, a correr, a todo lo que juegan los chicos. Algunas veces venían los chicos a mi casa también a jugar. Ahora que cuando yo comencé a tocar la guitarra, enseñado por aquel hombre que apareció por el pueblo, mi estatura creció delante de ellos, de mis amigos, y me admiraban. Nunca, nunca hubo distancias marcadas por este motivo en mis relaciones infantiles, o por lo menos yo nunca fui consciente de ello. Que yo siempre quise ser tan sólo un hombre cabal... a más de un artista. Que yo no sé por qué diablo, el tenor o el violinista, como son los detentores de la melodía, pues son los más... tontitos, los más divos. Pero yo nunca he querido ser un divo, un hombre alejado de los demás.

Mis tíos, mis tíos me querían mucho. Mi tío me adoraba. Yo recuerdo una paliza que me dio una vez, que no sé qué diablura pude hacer. Me llevó al cuarto de dormir y me sacudió con una correa, cuyos golpes iban todos a parar a una silla, sabes. Unos golpes tremendos, que a mí no me tocó uno solo: «Para que te acuerdes, para que te acuerdes», decía. Y yo no entendía nada. Luego, como refinamiento del castigo, me ató a la pata de la cama con un hilo: «Como se rompa, me dijo, te vuelvo a dar con la correa». Y yo entendía menos todavía. Se llamaba Eduardo, Eduardo Bueno de los Herreros. Pertenecía al cuerpo jurídico. Y fue mi maestro de bon-

dad, si es que eso se puede aprender y enseñar; porque era un hombre buenísimo, noble, era un hombre excepcional. Yo lo recuerdo, hasta que murió en Granada cuando yo tenía unos trece años, con un cariño que no ha mermado a lo largo de toda mi vida. Detalles pequeños que no tienen importancia en sí mismos, pero que juntos dan la idea completa de su bondad.

Y mi tía era un poco más... díscola, ¿sabes? Pero mi tío lo tomaba siempre con mucha calma, tratando de influir razonablemente en ella. Ella me quería mucho, aunque era un poco impaciente a veces, y me reñía, pero mi tío...

Tan difícil coger el hilo de la vida torrencial de Andrés Segovia, tan difícil como oírle decir una palabra dura o malsonante. Ni siquiera con motivo sabe o quiere calificar con dureza a las personas o las situaciones. La violencia asoma solo de tarde en tarde, pero nunca traspasa los umbrales graduados de sus gafas blancas, redondas, graves. Tan difícil dominar el torrente, como esperar que alguna vez se desborde. Todo su cauce está medido, vigilado desde dentro. Remolinos y remansos que Segovia se conoce al dedillo, y por los que navega sin que se altere siquiera el lazo negro que ha derrotado a la corbata.

A.S.: Mi padres, sí que los volví a ver, claro. Ellos se separaron, sabes, pero luego los vi en muchas ocasiones. A mi padre lo encontré algunas veces en Huelva, en Jaén..., y luego en Madrid, donde murió. Y a mi madre también la encontré. Ya eso mucho más tarde, porque recuerdo que cada vez que llegaba a Madrid, desde el extranjero –que, claro, todo el mundo me festejaba–, pues yo no estaba acostumbrado a las comidas, que por ahí son más razonables, y no esos banquetes opíparos que dan en cada casa particular. Y cada viaje de vuelta me costaba una indigestión. Tenía yo un amigo, gran médico, Paco Sandoval, que desesperaba a mi madre, porque cuando ella preguntaba: «Paco, ¿qué tiene mi



Andrés Segovia en 1917. Fundación Andrés Segovia, Linares

hijo?», él respondía siempre: «No sé», y mi madre, entonces, para librarme de lo que ella creía que era la comida malsana del hotel, aparecía de repente con unos caldos que no se cortaban con un cuchillo...

De Linares no recuerdo nada, claro. Porque allí no he vuelto hasta que tenía yo unos veintidós años y des-

pués, cuando volví a España, después de la guerra, ya en 1952, que vine para tocar en el Festival de Granada. Nos acercamos un amigo y yo en su coche. «Andrés Segovia, Andrés Segovia..., no me suena», dijo el guardia municipal cuando le preguntaron por la casa natal del músico, que ya había triunfado en Europa y en América.

Luego me reconocieron algunos señores de Linares y ya se armó el jaleo y organizaron una comida de esas «improvisadas» a la que luego se presentan más de cien personas.

Inevitablemente, Andrés Segovia tiene una calle en Linares y el nombramiento de hijo predilecto.

A.S.: Pero, sobre todo, tengo allí un amigo, que eso sí que quiero de verdad que lo digas, que es Alberto López Poveda. Nunca ha salido de Linares, como no sea algún desplazamiento a Madrid, pero sus cartas dirigidas a mí han viajado por todo el mundo y él tiene el archivo completo, abrumadoramente impresionante, sobre mi vida profesional desde que inicié mi carrera.

Don Alberto, y pocas personas más, saben incluso que el primer concierto que dio Andrés Segovia en América del Norte fue en una casa particular, ante los tres miembros de una familia que vivía cerca de Boston y que se permitió el lujo de hacer venir a Andrés Segovia desde Europa. El recelo y la perplejidad del guitarrista, ya famoso, se convertiría en sincero entusiasmo, en tres horas seguidas de música, naturalmente fuera de programa...: «Pues Alberto López Poveda tiene hasta la foto de la casa de aquel pequeño pueblo tan hermoso, e, incluso de la familia que fue mi primer público norteamericano».

A.S.: Yo no archivo nada, sabes; cómo quieres que archive nada con catorce casas que he montado. Dejé el bachillerato cuando murió mi tío de Granada, y me dediqué con pasión a la guitarra; pero jamás con la idea de ser un artista, eso no. Simplemente porque me gustaba.

Granada, al fondo

Con Granada al fondo; Granada para él toda, con dieciséis años recién estrenados, Segovia consigue fácilmente el apoyo entusiasta de sus amigos, que organizan su primer concierto. Para Andrés Segovia, vecino del barrio de Ajibetri [sic], en el Albaicín.

—
Cómo quieres que
archive nada con catorce
casas que he montado.
Dejé el bachillerato
cuando murió mi tío de
Granada, y me dediqué
con pasión a la guitarra;
pero jamás con la idea
de ser un artista, eso no.
Simplemente porque
me gustaba.
—

A.S.: ¡Oh! Ya lo creo, Granada... es tan hermosa. Me iba yo a la Alhambra durante el Corpus para oír los conciertos que dirigía Tomás Bretón, y eso para mí era un regalo, porque los oía yo desde los bancos esos que hay adosados al Palacio de Carlos V, donde se celebraban. Y aquello era una inundación de placer para mí.

Fue un *Preludio* de Tárrega y después un *Minuetto* de Sor las pequeñas cosas que yo logré «poner» enteras en las guitarras de mis primeros años, sabes. Y eso con la ayuda de uno de esos «estudiantones» tenaces que vienen de los pueblos ricos de la provincia a estudiar en la Universidad de Granda, sabes, y que se pasan toda la vida «estudiando», es decir, sin estudiar. Pues se llamaba [Fernando] Utrilla, y mira, es un hombre que yo recuerdo con gran cariño porque me traía música y también sabía un poco de solfeo, y entre los dos lográbamos localizar los pasajes y organizar la partitura en la guitarra. La guitarra la tenía yo, que fui a comprarla al taller de Benito Ferrer, que me quedaba siempre admirado de don Benito Ferrer porque tenía un lobanillo tremendo aquí...

En su casa encontré a uno de los más fieles, nobles y sinceros amigos que yo he tenido. Y que se ha muerto el año pasado: Miguel Cerón; sabes, era un hombre dotado para muchas cosas y que no realizó ninguna. Pobrecillo. Para mí ha sido, en fin, muy triste...

Ramalazos de amor; Segovia se parapeta detrás del silencio, que no hace sino hablar por sí mismo de cómo y de qué puede estar hecha la fibra dolorida de un hombre repentinamente vulnerable. Silencio, silencio hecho también de trozos de soledad.

A.S.: Era de una amistad severa, callada, de una gran seriedad. Sus primeros pasos eran de tenedor de libros y cuando se marchó del sitio donde trabajaba vinieron a buscarle porque necesitaban cinco o seis tenedores de libros para suplirle. Y este hombre guardó todas mis cartas, con los sobres incluso, hasta las de 1910.

Fíjate tú que en aquella época yo era un mozalbete que no significaba nada, que yo tenía entonces diecisiete años. Y así hemos podido ponerle las fechas exactas a algunos momentos de mi vida artística, porque yo nunca le ponía fecha a las cartas. Y este hombre, pobrecillo, las guardaba todas.

Con la guitarra que le compró a don Benito Ferrer, Segovia estudiaba durante horas, robándole tiempo a Granada, a los amigos, a los paseos. Tiempo a las charlas en la casa familiar de Ángel Ganivet. Tiempo recuperado en las altas madrugadas de la Alhambra y el Generalife.

A.S.: Había una muchacha en la casa de los Ganivet, sabes, que se llamaba Encarnación y que tenía veintiocho años y que se puso a tocar la guitarra porque se lo mandó su padre. Yo era la primera vez que iba y ella tocaba flamenco. Luego yo toqué, comencé a tocar cosas musicales.

Porque a mí el flamenco me aburre, me aburre en su versión

artizada. Me gusta el auténtico, el flamenco puro y viejo, la raíz del pueblo. Que lo que hoy se hace dista miles de años de lo verdadero.

...Y se estableció de tal manera nuestra comunicación cuando yo empecé a tocar la guitarra, que desde entonces se iniciaron nuestras relaciones, sin que ni ella ni yo pudiéramos pensar en la diferencia de edad, lo apartado de nuestras edades. Ella y yo fuimos ardientes novios..., sabes, fuimos ardientes. Y allí comencé yo a leer a Ganivet. *El escultor de su alma, Granada la bella, El ideario español...*, todo eso. Y de tal manera me aficioné a Ganivet, que yo pensaba que era por la relación familiar de Ganivet con los padres de Encarnación. Esta chica tenía un nido de pájaros en el corazón. Reía, era simpática, y además era una muchacha muy guapa. Fue mi primer amor, que se rompió al marcharme yo a Córdoba, y cuando murió su padre y su familia no tenía fortuna. Y ella se casó con una persona que le ofrecía la garantía vital. Ella se casó. Yo nunca la volví a ver, a pesar de que muchas veces fui a Granada, a pesar de que Angélico Barrios, el «Polinario», estaba casado con una prima hermana de ella, a pesar de que una vez fui yo a casa de Ángel Barrios estando ella allí, y se escondió. No la volví a ver más a Encarnación.

Granada, Granada era una cosa extraordinaria a mis veinte años. Había un individuo que se llamaba Frasquito Vergara, que era uno de esos hombres que, así como, desgraciadamente, hay andaluces patosos que no se pueden aguantar, cuando un andaluz sale realmente ocurrente, imaginativo y gracioso..., y este era una institución en Granada... No era que se hiciera el gracioso, era simplemente que tenía gracia con solo contar lo que acababa de ver en la calle. Hasta mi amigo, aquel tan serio, Miguel Cerón, una vez le dio

Granada, Granada era una cosa extraordinaria a mis veinte años [...]. Los amigos me llevaban aquí y allá, yo era siempre el muchacho mimado de los grupos por tocar la guitarra, en fin... No había un plan sino que, de vez en cuando, se improvisaba un plan para divertirse.

un ataque de risa que no se podía parar.

Estaba en Granada Fernando de los Ríos, sabes, este hombre tan genial, que reunía en su casa a los muchachos; estaba Matías Méndez Bellido, Falla... No había horario ni nada allí, ni costumbres, sino que era vivir un poco al improvisado deseo de vivir, ¿comprendes? Los amigos me llevaban aquí y allá, yo era siempre el muchacho mimado de los grupos por tocar la guitarra, en fin... No había un plan sino que, de vez en cuando, se improvisaba un plan para divertirse. Granada. Para un artista joven, que no es todavía muy consciente de sus cualidades ni de sus limitaciones, pero sí de su temperamento, pues, en un artista joven, es muy fácil entregarse con pasión a todo lo que resuena en su alma con intensidad. Me encantaba las noches de primavera en la Alhambra, rodar por el Albaicín, imaginar, sabes, todo el pasado árabe de Granada, llegar a la Alhambra..., esconderme y penetrar en las noches de luna en los palacios, buscar amigos,irme a tocar al Generalife a las tres y las cuatro de la mañana...

Bueno, bohemios, en el sentido que hoy se le puede dar a esa palabra, que es casi semejante a *hippy*, nunca... Ni tampoco como la explica René Bourget en París, en su *Vida de la bohemia*; yo he tenido una bohemia de conciencia y camisa limpia.

Sevilla y toda España

Después de mi primer concierto en Granada yo tuve que seguir siempre ese camino.

Segovia dirige vigorosamente el cauce de la conversación hacia el terreno profesional, sin querer darse cuenta de que una pregunta, quizá demasiado directa, sobre la orientación de sus opciones personales en el terreno de los comportamientos vitales -por tercera vez se me escapa usted, maestro- se queda en el aire..., esperando otra oportunidad.

A.S.: Era mi única manera de vivir. Me había entregado con tal pasión a la música y al instrumento que había elegido, que no creía en otra posibilidad para mí. Luego me fui a Córdoba y luego a Sevilla, donde di mi primer concierto en serio y después quince más. Era en 1913, y como siempre, mis amigos me ayudaron mucho. Ya no podía ni quería, sobre todo, volver a pensar en otra cosa que no fuera mi vocación por el arte de la guitarra.

Después de estos quince conciertos, sabes, tuve relaciones con una muchacha de la alta sociedad de Sevilla, que se llamaba la pobrecita María de Montis. Y me quedé más de la cuenta; que pudo pasarme lo que le pasó a Zorrilla, sabes, que retrasaba tantas veces su marcha de Granada, que cuando se decidió, por fin, todas las paredes de la ciudad tenían letreros que decían: «Vate, ¡vete!»... Pudo ocurrirme eso o algo peor, sabes. Que un amigo mío, muy querido de todos los sevillanos, decía al referirse a unas actuaciones mías organizadas después: «En el primer concierto de Andrés no hubo nadie, y en el segundo, el público bajó bastante».



Andrés Segovia, ca. 1920. Fundación Andrés Segovia, Linares

Ella era la hermana del conde la Fuente de Saúco. Él había estudiado el piano con d'Albert, Eugen d'Albert, que era un gran maestro entonces. Y cuando me oyó en Córdoba me dijo: «Vente, hijo mío, a Sevilla; tú no sabes lo que estás haciendo, vente a Sevilla, tienes que dar unos conciertos –él sabía que yo acababa de debutar en Granada– y después, en cuanto puedas, sal de España». Y así fue como fui yo a Sevilla, y se enamoró de mí, y yo de ella, esta chica. Y era ella una muchacha muy estrambótica, una carita muy sevillana, muy graciosa, que, al principio, tanto le hablaron de mí, que me cogió rabia. No fue a mi primer concierto en Sevilla, pero lo

oyó desde un pasillo cercano a la sala. Cuando fui a recoger mi abrigo me encontré en la solapa un clavel reventón rojo. Yo no dije nada a nadie, ni a sus hermanas, y ese fue el punto de partida...

Pero, sabes, yo no..., no he tenido diversiones ligeras, yo nunca. He tenido, como cualquier artista joven, posibilidades en el mundo femenino extraordinarias, pero siempre de buen gusto. De las mujeres han provenido siempre las predicciones sobre mi arte, sabes. Por ejemplo, Encarnación... Ella me decía: «¡Ay, Andrés, tú eres tan joven para mí, yo no podré esperar, tu familia no consentirá, ni yo tampoco, porque cuando tú ten-

gas mi edad, tú serás un artista que te alabará todo el mundo y que te quitarán la idea de venir a Granada». Ella fue la primera, ves tú, que creyó en mi arte.

Estuve en Sevilla un año y luego fui a Madrid a dar mi primer concierto y luego a Barcelona. Pero volví a Sevilla, porque me quería arreglar con María y fui con Marcial, el pintor que ha hecho mi retrato, amigo mío de toda la vida. Era Semana Santa y fuimos a la calle de las Sierpes, donde ella estaba para ver las procesiones, y la vi. Y mira, aquella mujer tan hermosa se había transformado, había adquirido una amplitud de tal naturaleza, que no sé por qué diablo, tal vez una enfermedad misteriosa, no sé... Y yo vi aquello, hija mía, que me vine a Madrid la misma noche.

En 1913 di yo mi primer concierto en el Ateneo de Madrid. Ya había dado quince conciertos en Sevilla y quince en Barcelona, sabes. En Barcelona, mis amigos, como siempre, los que creían en mí, me pusieron en contacto con [Frank] Marshall, que organizó mi primer concierto en el Tibidabo, en la Sala Granados y después en la Sala Mozart. Fue antes de que Granados se fuera a América para estrenar *Goyescas*. Y yo le pedía siempre a Llobet, discípulo de Tárrega, que me presentara a Granados y nunca consintió. Él, Llobet, había organizado mi primer concierto, antes que Marshall, en el Círculo de Bellas Artes, que estaba en el Paseo de Gracia, esquina, esquina..., a Aragón o algo así. Pero se le «olvidó» invitar a la crítica y al público, ya ves tú. Luego ya conocí a Marshall.

Fuente de serenidad y delicadeza, Andrés Segovia. Arte para decir todas las cosas sin adjetivarlas, sin violencia. Elegancia, lujo del espíritu, que sabe minimizar las cuestiones que lo atañen. Displidencia, pero memoria notarial, rigurosa, milimétrica. Nada, nadie, si él no quiere, se escapará de su otra memoria; si quiere terminarla alguna vez.

A.S.: Yo vivía en la casa del doctor [Antonio] Quiroga, en Barcelona, y cuando venía a Madrid, en la Pensión Marlasca, que está todavía en la calle de la Cruz. Era una buena pensión, y a mí, por simpatía, me hacían un precio especial, pero yo no lo pedía. Nunca, nunca he pedido yo precios especiales en nada ni para nada. Pero me lo hacían espontáneamente.

Leonardo y Andrés

Pero en Ginebra tuve yo mi primera casa, sabes. A eso voy, Después de dar varios conciertos en [el Teatro de] La Comedia, siempre llenos, pues salí para América del Sur, contratado por Quesada. Era la primera vez que yo salía de España, justamente en el 1919 [sic, por

Cuando yo me casé con Adelaida, los padres, como no entendían el arte, se avergonzaron de que su hija se casara con un «tocaor» de guitarra, ya ves tú.

1920], y fui a Buenos Aires y después de una larga *tournee* por la Argentina y en Montevideo volví y me casé. Con Adelaida Portillo, en 1920. En el 21 nació un niño, Andrés, que vive en París, está casado y tiene ahora cincuenta y dos años. Yo la conocí en la casa de [Ernesto de] Quesada: era de origen cubano, pero de cuando Cuba era todavía española. Sus padres eran españoles; él era militar, capitán de ingenieros en activo. Cuando yo me casé con Adelaida, los padres, como no entendían el arte, pues se avergonzaron de que su hija se casara con un «tocaor» de guitarra, ya ves tú.



Andrés Segovia en su estudio madrileño, ca. 1920. Archivo Ragel, Madrid

Y Andrés nació en Buenos Aires. De modo que tengo dos hijos; uno de cincuenta y dos años y otro de dos años... A mi hijo mayor le hace mucha gracia este pequeño, Carlos Andrés, y lo quiere mucho. Vino con su mujer y con una niña que tienen, entonces de pocos meses, y mi chiquillo se puso tan contento que se abalanzó sobre ella y casi se la quería comer.

Para entonces, 1921, Andrés Segovia ya había triunfado en el mundo del arte, pero las críticas, sabes tú, yo nunca las he conservado. Cuando ya llevaba varios años viviendo en Ginebra, después de

mi gira por América, después de que había dado conciertos por toda Europa y que había ido incluso a Rusia, lo amontonaba todo, pero sin orden especial. Los recortes de prensa se iban a parar a una caja de cartón así de grande, donde mi mujer iba echando todo lo que se publicaba. Una agencia de recortes de prensa, tan meticulosa y puntual, llegó a enviarme una vez hasta la modificación del horario de los trenes que pasaban por Segovia.

No, no, mira..., no puedo no siquiera calcular, aproximadamente, la cantidad de conciertos



Andrés Segovia en su estudio madrileño, ca. 1920. Archivo Ragel, Madrid

que yo he dado en mi vida, sabes, y la cantidad de críticas admirables... Sólo han llegado a mi conocimiento más que tres críticas malas, pero sus motivaciones eran absolutamente extraprofesionales y no merece la pena ni reseñarlo aquí.

Hay una mezcla de sincera benevolencia, pero también (maestro, reconózcamelos) de olímpico desprecio por la anécdota y sus protagonistas: gotas de ira bien administrada, hasta donde conviene, no más, ni un milímetro de más. Y la confidencia tiene un airoso tono de elegancia y aplomo, que nos pone, otra vez, en la pista de un hombre de cabeza fría y corazón atemperado, en el que ciertas cosas, las más pequeñas, entran para salir inmediatamente expulsadas al destierro, pequeñas piedras que se pisan sin querer y que, como son de arcilla, se rompen.

A.S.: Mi segundo hijo, Leonardo, nació a los tres años de mi matrimonio. Estaba yo en Múnich para dar un concierto y cuando llegué a la estación el cónsul, que me vino a esperar, me dijo: «Un niño...» Y yo: «¡Bueno, otro!» Leonardo..., por mi pasión por Leonardo da Vinci..., pobrecito mío, pobrecito. Tenía trece años, sabes tú... Tocó un cable de alta tensión durante una excursión del colegio.

Hay un largo tramo de la cinta magnetofónica que ha guardado silencio con Andrés Segovia, hasta que la frontera de cristal de sus gafas se hace transparente de nuevo y nos autoriza a seguir preguntando: hasta que veo cómo su mano derecha lucha por espantar este trozo de soledad que se le ha venido encima de pronto, para mezclarse con un ramalazo de amor que se desborda:

A.S.: Estaba en un colegio cerca de Ginebra, con su hermano Andrés. Siempre estuvieron juntos los hermanos, hasta nuestro divorcio, sabes. Y como estaban en colegios franceses, pues hablaban en francés, aunque en casa lo hacían en español. Pero cuando se peleaban yo les obligaba a hacerlo en español, y como no tenían palabras suficientes, ni denuestos, pues no



Retrato fotográfico de Segovia con dedicatoria a Regino Sainz de la Maza, ca. 1921. Colección particular de Enrique Roma Sainz de la Maza, Barcelona

tenían más remedio que hacer las paces.

Catorce años duró nuestro matrimonio, sabes, y en aquella época la ruta de mi vida artística transcurrió por toda Europa, con Rusia, [a la] que fui dos veces y luego otra vez durante mi segundo matrimonio, y nunca más, aunque creo que me han estado anunciando varias veces, no sé, pero no he

vuelto. Y luego los Estados Unidos en el año 1928, que fue por [Fritz] Kreisler, que había publicado una nota sobre mí, diciendo que yo era uno de los artistas más extraordinarios de la época, y me recomendó a [F. C.] Coppicus, que era el mejor empresario; y Casals también se ocupó de mí.

En Estados Unidos el primer concierto fue en Nueva York y la

primera crítica fue la de Olin Downes en el..., en el [*The*] *New York Times*, que era el gran pontífice, y además otra en el *New York Herald Tribune*, donde escribía Lawrence Gilman, que comenzó una crítica diciendo: «Andrés Segovia, en cuyo honor los romanos fundaron la ciudad de su nombre... fue muy simpático. Mis amigos entonces, en aquellos años hasta 1934, fueron sobre todo escritores y pintores; músicos, no... A los músicos los encontraba un poco tontos, a los compositores, no, a algunos intérpretes. Pues mira, eran mis amigos Ricardo Baeza, Ruiz de Silva, [Francisco] Villaespesa, Fernando Bretón, Miguel de Unamuno, Gabriel Miró. A Unamuno, cuando estuvo en el exilio, yo lo rescataba de una tertulia de niños imberbes que algunas veces hasta le faltaban al respeto, y me lo llevaba a casa a almorzar. A él no le gustaba la música, porque decía que no era pensamiento, y yo le decía: «Pero sí es pensamiento, don Miguel, aunque de otra manera». Luego le llevé a un concierto de [José] Iturbi y ante el programa *Estudio* de Chopin, *Estudio* de Schumann, decía: «Pero, Andrés, este señor por qué viene a estudiar aquí y no estudia en su casa»...

Bach, en Londres

Recuerdos..., ya te he dicho que mi vida artística ha sido una línea constantemente ascendente, sin dificultades... Las únicas, muy pocas, las sufrí precisamente en Madrid, y a pesar de mis éxitos en el Teatro de la Comedia. Y las tuve con Arbós, que ¿tú lo conocías? No, claro, que eras pequeña; claro; pero habrás visto retratos... Pues cuando le preguntaban: «Oiga, maestro, ¿y este muchacho que toca cosas clásicas en la guitarra?...», decía: «Pues, sí, tiene talento, pero mira que haber elegido ese instrumento, mira que empeñarse en tocar Bach en un instrumento de peteneras, ¡vamos, vamos!». Y entonces yo me enfadé, y siempre que coincidíamos en una

reunión del ambiente musical yo me quedaba muy serio, aunque tenía que hacer esfuerzos para no reírme, cuando él contaba anécdotas, que lo hacía con mucha gracia..., y le molestaba tanto mi seriedad que optó por no contar ninguna si yo estaba delante. Hasta que un día en una reunión, el organizador, me rogó que desistiera de mi actitud y así lo hice. Y nació entre nosotros una cordial amistad.

Se acercó Ravel y me dijo: «Este muchacho tiene ingenio y talento». Imagínate... el concierto de París el que decidió mi carrera internacional. ¿Desaliento? No, no, nunca. Me di cuenta enseguida de dónde estaba el problema: el escaso repertorio para la guitarra.

Tiempo después llegamos a Londres juntos. Él iba a dar su primer concierto en Londres después de la I Guerra Mundial, como director de orquesta, acompañando a Casals en el concierto de Haydn. Y yo tocaba, tres o cuatro días después, mi primer concierto en el Wigmore Hall... Y me dijo Arbós – que íbamos de camino juntos–, me dijo: «Andrés, te voy a dar un consejo, ya que vas a hacer carrera. No toques Bach aquí. Los ingleses, yo los conozco bien, no aceptarán Bach en la guitarra, límitate a tocar música española...», y yo dije: «Mira, no, Enrique, no; si yo voy a ser un especialista de música española, tan pobre como es el repertorio para la guitarra, yo no

voy a hacer nada. No, no; yo voy a tocar Bach»...

Y fui y toqué Bach. Y el más grande crítico de entonces, Ernest Newman, me hizo una crítica extraordinaria, entusiasta; pero en cambio fue terrible para Arbós, «Dos españoles», se titulaba el artículo. Fue algo muy doloroso para todos los que le queríamos...

En París fue mi primer concierto en Europa. En 1924. En el Conservatorio. En el palco de Mm. Debussy estaban Miguel de Unamuno, Joaquín Nin, Albert Roussel y Paul Dukas. Estaban en el palco, sabes... Y cuando Roussel, que yo tocaba una obra suya, vino a cumplir con el rito francés, y con aquella barba hirsuta que tenía, me da dos besos en las mejillas, don Miguel, que estaba a mi lado, me dice: «¡Por qué le besa a usted ese tío, hombre, eso es una cochina».

La primera crítica, excelente, fue de Gérard d'Houville, que era el seudónimo de una de las hijas de José María Heredia, casada con Henri de Regnier, un gran poeta de la época. Caí admirablemente en aquella familia. Henry Prunières me reunió en su casa con todos los artistas y personajes importantes que había en aquella época en París. Toqué varias cosas de Sor y cuando toqué la *Sonatina* de Torroba se acercó Ravel y me dijo: «Este muchacho tiene ingenio y talento». Imagínate... Fue el concierto de París el que decidió mi carrera internacional... ¿Desaliento? No, no, nunca. Yo me di cuenta enseguida de dónde estaba el problema, el problema era el escaso repertorio para la guitarra. Y entonces hablé con Torroba, que fue el primero que me escuchó en esto, le dije: «¿Por qué no compones una cosa para guitarra?, yo te ayudo, te digo cómo es la técnica y tú componlo como si fuera un violín de seis cuerdas, como si fuera para el piano de una sola mano, y después yo lo adapto» Así hizo la

Suite castellana. Después vino Turina, y luego el *Homenaje a Debussy*, de Falla, que es una maravilla eso, eh; una obra cortita, pero profunda. Y luego Sonatas, y Tansman, y Roussel... Y en seguida surgió un repertorio enorme que no estaba hecho por guitarristas, que es lo interesante, porque siempre he dicho yo que Sor tiene una gran importancia en la historia de la guitarra, pero no en la Historia de la Música, ¿verdad?, y Giuliani todavía menos. Por eso supe lo que había que hacer...

Algunos años después unos amigos me comunicaron que Gabriele D'Annunzio quería invitarme a su casa, en Italia, para oírme y conocerme. Y yo fui con gran satisfacción. El me mandó una carta de invitación, luego me escribiría otras muchas; mira, alguna es esa que está en ese marco de la pared. Era una gran persona y un personaje apasionante.

Desde pequeño me apasionaba la literatura, el mundo de la cultura. Lo que yo he sentido, y es una de las penas que he tenido en vida, el no haber continuado mis estudios y haber hecho una carrera universitaria, sabes. Porque mi cultura es una cultura de tumultuosas lecturas, sabes, sin el orden ni la disciplina universitaria, y eso es la pena que me da, porque yo hubiera podido escribir... Mira, cuando yo pienso en todo lo que he hecho, digo: «Demonio, si yo he trabajado», pero si pienso en lo que, por ejemplo, hizo Julio César, que además de hacer la guerra y las conquistas tenía tiempo y holgura suficiente para escribir los comentarios..., entonces digo: «Eso sí que es un tiempo aprovechado»... Filosofía, Historia, alta Literatura, menos novelas, ensayos, poesías... En inglés, en francés, en italiano, en español, esas han sido aficiones como lector. Todo menos la poesía moderna, eso es una cosa completamente disparatada, como lo es hoy todo el arte... ¿Españoles?...

Desde pequeño me apasionaba la literatura, el mundo de la cultura. Lo que yo he sentido es no haber continuado mis estudios y haber hecho una carrera universitaria, porque mi cultura es una cultura de tumultuosas lecturas, sin el orden ni la disciplina universitaria, y eso es la pena que me da, porque yo hubiera podido escribir...

Imagínate, por Dios... ¡Tantos y tantos! Lope, Calderón, sabes, Rojas, no sé... García Lorca me parece verdaderamente, no un genio, pero genial. Ahora estoy seguro de que él hubiera rechazado muchas de las cosas que hizo, estoy seguro. Dimos una vez, durante el Concurso de Cante Jondo, allá en 1922, un concierto él y yo. En Granada, para reunir fondos que nos permitieran invitar a Ravel. Yo tocando flamenco y él recitaba el poema de Silverio y otros cuantos más... Estaba el teatro lleno y en lugar de aplaudirme la gente decía: «¡Ole tu mare!». Era en el teatro del Hotel Alhambra Palace... El alcalde no entendía muy bien para qué queríamos traer un «ravé» a España teniendo mi guitarra. Siempre hubo en Granada un grupo de gente muy curiosa, sabes, y gente muy inteligente...

Después ya vino la guerra de España, sabes. Y ya entonces yo me casé con mi segunda mujer, con Paquita.

Y nos marchamos al Uruguay. Y

allí puse primeramente una casa, mientras que se desalojaba otra que pertenecía a la familia de Paquita. Y como tardaban en ello nos fuimos a una finca que tenía también su familia.

Cataclismos exteriores

Paquita Madriguera, tú ya sabes. Conocí a Paquita en el primer concierto mío en Barcelona en la Sala Granados. Entonces era ella casi célebre, mientras que yo todavía empezaba. Era una gran pianista, con una finura de temperamento, una delicadeza... Bueno, nos fuimos a Montevideo y allí pasé unos siete años, compaginando mis conciertos en América del Norte y América del Sur, porque yo no podía venir a Europa. Estaba la guerra, estaba todo cerrado, paralizado. Después me vine a Nueva York, puse piso en Nueva York, y allí venían mis amigos, tus padres, por ejemplo, que allí los conocí. Luego, cuando ya finalizaba la guerra, nos vinimos a Europa, a Génova.* Allí me presenté al cónsul español, que era el Conde de Bulnes, y le dije: «Mire, yo estoy siempre fuera de España, no me he afiliado jamás a ningún partido político, pero, desde luego, me adhiero a cualquier cosa que sea la no soviétización de España». Franco no era todavía el jefe del Movimiento, lo era Sanjurjo. Bueno, y mi declaración valió para que Queipo de Llano lo dijera en aquellas conversaciones tan pintorescas que tenía por la radio, y de ahí provino que mi casa de Barcelona fuera totalmente arrasada... Y vendían ediciones magníficas que yo tenía, más de seis mil volúmenes, ediciones magníficas, y cuadros, grabados, telas preciosas de Oriente y plata, muchísima plata que yo había ido recogiendo de Italia, de Extremo Oriente, de Japón. Cosas preciosas, todo eso desapareció.

*NOTA DEL EDITOR: En realidad, y en consonancia con lo que se explica a continuación en la entrevista, Segovia y su familia llegaron a Génova al poco de iniciarse la Guerra Civil.



Concierto de Andrés Segovia en Hamburgo (imagen superior), ca. 1950; y con la Orquesta Nacional, dirigida por Enrique Jordá, en el Palacio de Carlos V de Granada el 20 de junio de 1958 (imagen inferior). Fundación Andrés Segovia, Linares





Andrés Segovia con una guitarra Hermann Hauser II de 1958. Fundación Andrés Segovia, Linares

Yo no he cambiado nunca, siempre he sido una cosa: liberal, es decir, equidistante de la izquierda y de la derecha, sabes, sin aprobar las exageraciones truculentas de la derecha, ni las malintencionadas actividades de la izquierda... Humanamente no veo yo que haya cambiado en absoluto, porque lo que le hace a uno cambiar, aparte de ciertos cataclismos exteriores, son cosas, ideas en las que uno comienza a creer o en las que uno deja creer. Yo siempre he sido, y sigo siendo, el mismo, el liberal, el individuo que está en el centro. He pensado siempre que todo tiene derecho al respeto, con tal de que no se prive a los demás de su propia libertad...

Mis cambios afectivos no han trastornado mi interioridad. Lo he sentido siempre por mis hijos, porque los privaba de mi apoyo y de mi guía en esa época. Como ahora por lo único que siento morir es porque, naturalmente, el chico tiene dos años y medio y hubiera necesitado mi compañía, mi guía, mi consejo, mi dirección, sabes, mucho tiempo, hasta que hubiera sido un jovencito de veinte años que ya está formado su carácter. Aunque tampoco creo que la dirección del padre sirva de mucho en la educación de los hijos... Yo he tratado de que mis hijos, mi hijo Andrés, al que tuve oportunidad de educar, fuese recto, un hombre cabal. Andrés es muy inteligente y ha heredado de mí la vocación por la pintura, pero hecha realidad. Y es un gran pintor, de los de verdad, no de los modernos, sino auténtico. Yo he sido siempre un padre comprensivo y razonable, porque creo que es necesario conocer a fondo los motivos por los que obran los demás... Beatricita me quería enormemente, sabes, la hija de mi segunda mujer. Como quería a su madre con pasión. Y cuando nosotros nos separamos ella quedó al lado de su madre, pero adorándola, y yo venía, cada vez que acababan mis conciertos en América del Norte, y venía donde mi

chica estaba, y estaba casi siempre conmigo. También venía Paquita, de vez en cuando, a comer con nosotros y así transcurría todo, normalmente, sabes.

Mis amigos han sido siempre los mismos y a muchos de ellos me los he encontrado fuera de España; los amigos de siempre que todavía no se habían decidido a venir a España y luego han vuelto todos otra vez.

A Madariaga lo conocí allá por 1913 y somos, desde entonces, íntimos amigos y nos encontramos en toda Europa. Cuando viajaba a Londres siempre reservaba un día para estar en su casa de Oxford...

Yo no he sido infeliz más que a trechos y por acontecimientos exteriores a mí. Por ejemplo, la guerra...

Todos mis conciertos, hija mía, casi todos mis conciertos –menos uno que di en Jaén en 1956, que era benéfico y que en una sala de 200 personas sólo hubo 50–, salvo en ese sitio, en Jaén, la capital de mi provincia, mis conciertos siempre han estado llenos. Y a partir de mi presentación en los Estados Unidos fue cuando adquirí la libertad de acción que da la holgura económica, la libertad que necesita el artista para no tener que pensar, exclusivamente, en afianzar su familia. Porque el prestigio nació en Europa, pero el éxito económico surgió en Norteamérica...

Beatriz

Segovia no se ha sentido nunca «presa» de la voracidad de los empresarios, pero tampoco niega su fortuna en el terreno financiero. Quizá sea de los pocos artistas, universales, que no tiene el más mínimo

interés en hacerse pasar por pobre de solemnidad...

A.S.: Pero ahora ya no me preocupa el dinero, ni siquiera las sumas fabulosas que me ofrecen por ir a tocar a Japón o a Australia. Porque son viajes enormes y yo tengo un niño pequeñito. No puedo arriesgar mi vida durante veinticinco o treinta horas de vuelo.

Yo no he sido infeliz, hija mía, más que a trechos y por acontecimientos exteriores a mí. Por ejemplo, la guerra... Cuando yo salí de España me dediqué a devorar periódicos, no hacía otra cosa que oír la radio. Hasta tal punto que, por primera vez en mi vida, dejé de estudiar durante quince días y tú no sabes lo que sucedió. Yo nunca he tenido callosidades, sabes, y, cuando quise volver a tocar, la piel de los dedos se me había ablandado, sabes, y no te imaginas el dolor espantoso que tuve. Hasta que la piel se volvió a endurecer. Y desde entonces juré que, aunque me estuviera muriendo no dejaría nunca de tocar. Y, en efecto, así lo he hecho. Cuando me operan de la vista nunca dejo de pulsar las cuerdas de mi guitarra, aunque sea a ciegas...

He tenido amigos entrañables que han muerto, como mi amigo Miguel Cerón y Miguel de Encina, amigos del espíritu, distinta esta amistad a la que nace de la hermandad del arte como lo han sido Torroba, Tansman. Y luego, últimamente, he trabado amistad íntima, al punto que le he hecho padrino de mi hijo, con don Francisco de Montes Valera. Y también la madrina del pequeño, a quien queremos entrañablemente... Pero yo nunca he exigido grandes cosas a la amistad; tan sólo afecto. Yo siempre he sido acomodaticio, conforme con mi suerte y generoso con mis amigos.

No, no he sido infeliz, más que en ocasiones en que los acontecimientos de la vida me han golpeado. Mira, por ejemplo, los recuerdos de Beatriz, mi hija muerta a los veint-

tiocho años, en 1963... Beatriz, yo le di una fiesta cuando se licenció en el Instituto Grandow, de Nueva York. Mira, era una mujer excepcional, no creas que habla el padre, habla el observador. Tú no puedes imaginarte cómo la acogió la alta sociedad cuando estuvo aquí en Madrid, en casa de Primitivo de Quintana, con el que nos unía una gran amistad. Y lo mismo pasó con [Ramón] Castroviejo, antes de separarse de su mujer en Nueva York. Todos querían estar con ella, porque enseguida se le tomaba cariño. Tú no sabes de qué manera la querían. Porque era muy pausada, no era la niña alocada y tonta, no; muy inteligente, leía mucho, hablaba un inglés magnífico, sabes, era, en fin, una muchacha realmente, realmente excepcional... Íbamos a todas partes juntos y todos los amigos míos de París, de Londres, de América, se la rifaban. Pobrecita, yo sufrí mucho con su muerte.

Beatriz, Leonardo, los hijos perdidos de Andrés Segovia, trozos de soledad, ramalazos de amor, de nuevo en sus pupilas. Pruebas que han atentado contra la arquitectura interior del artista, contra su fortaleza inexpugnable.

A.S.: Pero, sabes, los recuerdos, el dolor, las tristezas, permanecen aquí, en el interior de mi pensamiento, y nadie puede arrebatármelas, sabes.

El artista

«Si no hubiera existido la guitarra -me dijo una vez Andrés Segovia- la hubiera inventado yo». Diez palabras que resumen el sentido de toda una vida dedicada a un arte revolucionario, que arrancó el instrumento popular de las manos profanas para llevarlo a la sala del concierto, para engendrar una nueva sonoridad, que ha recorrido el mundo entre sus manos anchas y poderosas, inverosímiles para enternecerse entre las seis cuerdas limpias y afiladas, sin protección alguna para el tropiezo o la desafinación. La guitarra ya existía, sí; pero la nueva voz para entonar a Bach y a Haydn, a Scarlatti y Vivaldi, se la inventó Andrés Segovia.

A.S.: Mi emoción más viva, la que permanece conmigo de una manera más intensa, en mi biografía profesional, es la primera audición que di en París de la *Chacona* de Bach. Pasé un año trabajando en su transcripción: me sirvió la que [Ferruccio] Busoni había hecho, demasiado ampulosa quizá, pero magníficamente pianística; la transcripción para la mano izquierda, de Brahms, y hasta una transcripción

La guitarra es mi vida...
Y entonces no puedo
cargarla demasiado
de trabajo, porque me
aburriría... el trabajo
es absolutamente
indispensable, pero
no hay que llegar al
cansancio ni de la
atención ni de los
músculos. Con cinco
o seis horas es suficiente
para mantener un
buen repertorio y una
técnica por encima de
todas las dificultades.

que hizo [Jenő] Hubay, un gran violinista húngaro, para violín y orquesta... Trabajé durante un año en esa transcripción. Esto fue allá por el 1936 ó 37, en la Salle Pleyel. Siempre he actuado en la Salle Pleyel cuando voy a París, salvo algunos conciertos en la Salle Gaveau.

La guitarra es mi vida... Y entonces yo no puedo cargarla demasiado de trabajo, porque me aburriría... Yo digo que el trabajo es absoluta-

mente indispensable, pero no hay que llegar al cansancio ni de la atención ni de los músculos. El artista que dice que trabaja ocho horas al día es un burro..., o un mentiroso. Con cinco o seis horas es suficiente para mantener un buen repertorio y una técnica por encima de todas las dificultades. Ahora, si no está entusiasmado con una obra y quiere ponerla pronto en pie, puede trabajar doce, catorce horas, pero eso es una excepción; no es una disciplina. Yo siempre he trabajado el mismo tiempo: alrededor de cuatro, cinco o seis horas. No más.

¿Orientación?... El artista que es serio hace su propia autocrítica, porque, fíjate, no hay nadie que pueda decir mejor que él aquello en que falla o en que duda. En muchos conciertos yo he salido descontento de mi trabajo, eso muchísimas veces, muchísimas veces. El artista que cae de rodillas ante sí mismo..., yo he dicho de un artista que, naturalmente, no quiero mencionar, que concibió un amor exagerado por sí mismo, pero que desgraciadamente no tuvo rivales. He salido muchas veces disgustado de mi concierto, porque, mira, la guitarra es uno de los instrumentos más feroces, es el único instrumento polifónico de cuerda. Y además, la guitarra es un instrumento, ya sabes, de posiciones. Si a un dedo, por cualquier circunstancia se le escapa una voz, te sorprende, sabes, y puedes llegar al descabro más tremendo. Que no significa que no hayas estudiado, que no tengas técnica, no, nada de eso significa. Significa que la influencia femenina, que tienen las curvas de la guitarra operan, sabes, y la convierten en histérica...

Por eso es una cosa irremediable, es una cosa que no se puede prever. Yo, muchas veces, cuando tengo que dar un concierto lo suprimiría en el momento de empezar..., y lo recomenzaría cuando lo acabo... Porque uno no



Con Yehudi Menuhin (imagen superior), ca. 1960, y con Alfred Cortot en Siena (imagen inferior), 1961. Fundación Andrés Segovia, Linares



sabe cómo va a reaccionar el instrumento. Si hay una sala demasiada llena, si hay polvo de ruido, si es demasiado caliente, si hay humedad, todo eso afecta tremendamente a la guitarra. Y, además, ahora que había resuelto el problema de las cuerdas, con las cuerdas nylon, que las hizo Dupont, primeramente para mí, en Nueva York –Dupont el de las

medias, que decía un amigo mío: «Solamente una mujer puede volverse loca por unas medias vacías»...–, pero la calidad del nylon no es la misma, porque lo mezclan con alguna otra cosa. Entonces las cuerdas vuelven a dar que hacer. Ahora las pongo y enseguida tengo que sacarlas porque no valen... Yo estrené, en el año cuarenta, el primer concierto

que se hizo para orquesta y guitarra. Era el primero que se había escrito en esta época. De Mario Castelnuovo-Tedesco. Como Mario ya había compuesto muchas obras de guitarra, escritas para mí, él ya tenía un poco el tacto para combinar el sonido de la orquesta con el sonido delicado de la guitarra... Después supe que se había estrenado, no sé en qué momento del

año 40 o 41, el concierto de Rodrigo..., sabes, cuya música es realmente preciosa y no llegan los elogios para colmarlo. Pero la versión siempre me pareció un poquitín demasiado aguda. Y esperando tener tiempo para rehacer esa versión, no lo he tocado, porque me repugna un poco el exceso de agudos en la guitarra, que la identifican inmediatamente con una mandolina o una bandurria o un instrumento de esos. Y la guitarra es mucho más noble. Pero siento mucho el no poder hacer esa versión con Rodrigo, porque considero esa música como un hallazgo felicísimo.

Después del Concierto de Castelnuovo, Ponce dirigió el concierto en México, e inmediatamente tomó la pluma y comenzó a escribir uno de los más bellos conciertos que puedan existir en la literatura de la guitarra. Esos dos conciertos, más la *Fantasia para un gentilhombre*, más el concierto que un día me trajo Gaspar Cassadó como regalo de su «cello» a mi guitarra, los he tocado por todas partes. Y luego hice esos cuatro discos. Pero además he grabado más de trescientas obras a lo largo de toda mi carrera. Así que hay un repertorio que ya asegura para siempre el futuro de la guitarra. Porque todo son obras, si no geniales, por lo menos con una irreprochable y auténtica dignidad.

En Nueva York estreno ahora el concierto que ha hecho para mí el maestro Moreno Torroba. Espero que sea un éxito y, sobre todo, que sea un prelude de la acogida en España.

Epílogo

En la vida de Andrés Segovia, en sus Memorias si él quiere terminarlas alguna vez, hay un brillante, esplendoroso, provocador, epílogo. Casi tan largo y apasionado como todo el «libro». Hay un protagonista de excepción que muchos dicen que es Carlos Andrés, su pequeño de ojos azules y genio endiabladamente vivo.

Pero que uno piensa que es el propio Segovia, imagen viva del éxito. Rotundo personaje que sigue a pie firme, en el umbral de los ochenta años, serenamente apoyado en su guitarra, afinado en su triunfo, sin un temblor. Indiferente espectador de su singularidad humana y artística, aunque haya empleado para forjarlas toda una vida sin desmayos... «Mira que tocar a Bach en ese instrumento de peteneras»... Pero fue y tocó Bach. Y Londres se le rindió al primer acorde. Y así siempre. Y cuando actúa en España lo hace gratis, porque Segovia es así, y porque puede. La guitarra en sus manos le ha abierto las puertas del mundo. Pero, sobre todo, del mundo de la música, *apartheid* racista que Segovia ha desbaratado en un rasgueo. Para provocar la admiración, la envidia, la ira y el amor. En la calle de Concha Espina, el mejor guitarrista del mundo es un sencillo padre de familia, junto a Emilita y al pequeño Carlos Andrés de los ojos azules.

A.s.: Desde el arranque, mi vida ha sido una línea ascendente sin interrupción. Porque ni siquiera la

Si hay una sala
demasiada llena, si hay
polvo de ruido, si es
demasiado caliente, si
hay humedad, todo eso
afecta tremendamente
a la guitarra. Y, además,
ahora que había resuelto
el problema de las
cuerdas, con las cuerdas
nylon –que las hizo
Dupont, primeramente
para mí, en Nueva York–,
la calidad no es la
misma porque lo mezclan
con alguna otra cosa.

guerra, que podría haber alterado esa trayectoria, ha influido en mi vida artística... Porque los de la izquierda han comprendido que yo no era un derechista furibundo y la derecha ha comprendido también que mi posición en la izquierda tampoco era excesivamente violenta... Y en mi última etapa, hasta ahora, todo ha venido produciéndose normalmente. Que lo que es verdaderamente admirable es que todavía ahora, a mis ochenta años, sigan pidiéndome conciertos del Japón y de Australia, y de todos sitios... Pero ya he dicho que yo no quiero ir. Porque Carlos Andrés es muy pequeño.

Mi vida transcurre sin ningún obstáculo... No quiero emplear la imaginación para incorporar a mi vida narraciones truculentas o extraordinarias; mi vida es corriente y normal y no hay por qué engañar al lector... Ha ido siempre... *in crescendo*, pero sin ningún altibajo que fuese de cuidado para mí... He perdido muchos recuerdos, muchas cosas personales, pero te aseguro que no me ha importado demasiado. Sobre todo cuando pienso en personas que durante la guerra perdieron tantos miembros de su familia. Y, además, cuando esas cosas ocurrieron yo era joven y no me importaba recomenzar otra vez. Y que siempre he tenido una filosofía... A mí no me han trastornado demasiado las pérdidas, soy un buen perdedor...

Yo conocí a Emilita..., mejor dicho, conocí a su familia, antes de que ella dejara de estar simplemente en la mente de Dios. Conocí a su familia, pues, hace unos cuarenta o cuarenta y cinco años. Porque su madre ha sido siempre muy aficionada a la guitarra. Cuando nació esta niña, su padre, enseguida que pudo sostener una guitarra, la puso a estudiar. Cuando yo vine aquí después de la guerra, me encontré con ella y su familia. Era, como decimos en Andalucía, «una mosita muy mona». Y empecé a



De izquierda a derecha: Regino Sainz de la Maza, Ernesto Halffter, Joaquín Rodrigo, Leopoldo Querol, Andrés Segovia, Carlos Romero de Lecea, José Muñoz Molleda y Antonio Fernández-Cid. [Madrid], ca. 1970. Fundación Victoria y Joaquín Rodrigo, Madrid



Con Alexandre Tansman en la finca Los Olivios en La Herradura (Granada), ca. 1970. Fundación Andrés Segovia, Linares



De izquierda a derecha: Joaquín Achúcarro, Luis Galve, Alicia de Larrocha, Lucero Tena, Emilia Corral, Andrés Segovia, Carlos Andrés Segovia, Victoria de los Ángeles, Alirio Díaz, Víctor Martín, Nicanor Zabaleta y Miguel Zanetti, ca. 1979. Fundación Victoria de los Ángeles, Barcelona



Del brazo de Robert J. Vidal; detrás de ellos Alexandre Tansman y Alirio Díaz. París, 21 de noviembre de 1983. Fundación Andrés Segovia, Linares



Ernesto Halffter y Andrés Segovia, ca. 1980. Fundación Andrés Segovia, Linares



Con Victoria de los Ángeles, ca. 1970. Fundación Victoria de los Ángeles, Barcelona

aconsejarla que dejara las tonte-rías de tocar la guitarra con uña [sic por «sin uñas»] y que se viniera a Siena con su padre, donde yo daba clases en la Accademia Chigiana. Y, en efecto, vinieron, durante dos o tres cursos, en el 1955 o 56, o así.

Y, finalmente, pues, pasó de ser mi discípula a ser... ¿cómo te diría yo?, a ser mi patrona. Y nos casamos en el año 62. Once años hará en agosto, el 23 de agosto. He viajado constantemente con ella, menos cuando ya estuvo embarazada. Entonces hice que se quedara en casa. Y después, durante la nutrición del niño, porque ella lo ha amamantado hasta los nueve meses. Y yo creo que ese es el certificado de la salud del chico, sabes...

Lo que me apena mucho es que Emilita, habiendo logrado una técnica muy buena y muy fluida, y espíritu musical, haya abandonado completamente la guitarra. Pero completamente. Es muy posible que sea una reacción oscura contra la fuerza con que su padre le obligó a estudiar. Y es realmente una pena... Porque, además que con la desproporción que hay entre

lo que yo gano y lo que yo puedo ahorrar, hace que mis inversiones no sean suficientes para que, después de que yo desaparezca, pueda llevar una vida con la holgura de ahora... Entonces con ella, después de haber estado tantísimos años a mi lado –que ojalá que duré yo unos cuantos todavía, sabes– en la guitarra, tendría una seguridad, hubiera sido para ella un arma cargada para poder defenderse en la vida y que el chiquillo pueda finalizar sus estudios cómodamente. Pero no quiere... Ni siquiera se decidió una vez que nos propusieron tocar juntos para la Decca. Porque estoy seguro de que si trabajara durante dos meses recuperaría su técnica.

Carlos Andrés..., imagínate, ha venido al mundo cuando ya es muy tarde para mí. Y ese es mi dolor. El único que me quita a veces el sueño, el poco sueño que tengo siempre. Pensar que en este chiquillo, que está admirablemente dotado, que es muy inteligente, que es un muchacho extraordinario. De gracia..., y también violento, es mi pena.

Además, haciendo la vida que yo hago. Si yo estuviera en un sitio

tranquilo, sin otra cosa que hacer que pasear mi edad para que no se enmoheciera... Pero yo tomo tantos aviones, arriesgo tanto mi vida, aunque sin miedo... Voy a cumplir pronto ochenta años y cada día que veo para mí es un regalo del cielo. Si hago dos años más de giras, sabes, creo que podré tener algunos meses de tranquilidad, de descanso. Buscaré otras nuevas cosas que hacer...

Y al final Segovia encuentra su protesta personal. Entre tantas cosas que le son adictas, desde la música hasta el amor. Y se queja:

El mundo del arte de hoy es un mundo que me es completamente extraño. Hay mucha gente que por cobardía se adhiere a los sistemas de hoy en todas las manifestaciones artísticas. Cada vez que veo un hierro retorcido y pienso que a eso le llaman una estatua, me da rabia, sabes. Porque eso no es arte, eso no es nada... Pero no lo creas, todo esto que está sucediendo en el arte es una cosa *a latere* que no influye en absoluto en el transcurso de la vida artística auténtica... La única infelicidad mía, sabes, es contemplar el espantoso caos del mundo.